

CAPITULO VII.

Este lance habia resuelto á Napoleon , el cual bajó velozmente aquella escalera del norte , famosa por la matanza de los Strelitzes , y mandó que le condujeran fuera de la ciudad á una legua por el camino de Petersburgo , hácia el palacio imperial de Petrowsky.

Pero nos tenia sitiados un océano de llamas , que bloqueaban todas las puertas de la fortaleza , y rechazaron las primeras salidas que se tentaron. Despues de varias diligencias se descubrió por medio de las rocas , una poterna que caia al Moskwa , por cuyo estrecho paso lograron escaparse del Kremlin el emperador , sus oficiales y guardia. Pero ¿ que habian ganado con esta salida ? Mas inmediatos al incendio , no podian retroceder ni quedarse ; y ¿ como adelantarse ,

como abalanzarse , por medio de las olas de aquel abrasado mar ? Ensordecidos con el alboroto ó cegados con las cenizas , los que habian recorrido la ciudad no podian reconocerse ya , supuesto que las calles desaparecian en el humo y bajo los escombros.

Era menester sin embargo darse prisa , porque á cada instante era mayor el bramido de las llamas alrededor nuestro. Unicamente una calle angosta , tortuosa , y hecha un volcan , se presentaba mas bien como la entrada que como la salida de aquel infierno. Se arrojó el emperador á pie y sin vacilar á aquel peligroso paso , se adelantó por medio del chisporroteo de aquellos hornos , al son del crujido de las bóvedas , de la caída de las encendidas vigas , y de los tejados ardientes de hierro que se desplomaban al lado suyo. Aquellos destrozos le embarazaban el paso , elevándose las llamas sobre el remate de los edificios que devoraban con un impetuoso zumbido , y entre las cuales marchaba Napoleon , se dobleguea-

ban entonces con al viento, y se encorbaban sobre nuestras cabezas. ¡Ibamos andando sobre un suelo de fuego, bajo un cielo de fuego, y entre dos paredes de fuego! Un penetrante calor abrasaba nuestros ojos, que era preciso sin embargo tener abiertos y clavados en el peligro; un aire voraz, cenizas relucientes y desprendidas llamas, abrasaban nuestra respiracion, corta, seca, que jadeaba y estaba sufocada ya con el humo. Nuestras manos ardian tratando de preservar nuestro rostro de un calor insoportable, y rechazando las pavesas encendidas que cubrian y penetraban nuestra ropa por instantes.

En este indecible apuro, y cuando parecia que una rápida carrera era el único arbitrio de salud, se paró nuestro incierto y turbado conductor. Allí se hubiera terminado quizás nuestra aventurada vida, si algunos pillos del primer cuerpo no hubieran reconocido al emperador en medio de aquellos remolinos

de llamas, los cuales acudieron y le guiaron hácia los escombros humeantes de un barrio reducido á cenizas desde la mañana.

Encontrámos entonces al príncipe de Eckmühl: este mariscal herido en el Moskwa, se hacia llevar por medio de las llamas para arrancar de ellas á Napoleon ó perecer con él en las mismas. Echóse con enagenamiento en sus brazos; el emperador le hizo buena acogida, pero con aquel sosiego que no le abandonaba nunca en el peligro.

Para escaparse de esta vasta region de males, fue necesario todavía que tomase la delantera á un largo convoy de pólvora que desfilaba por enmedio de aquellos fuegos. No fue el menor peligro suyo pero sí el último, y se llegó de noche á Petrowsky.

En la mañana del siguiente dia (el 17 de setiembre) dirigió Napoleon sus primeras miradas hácia Moscou, esperando ver calmarse el incendio. Volvió á

verle en toda su voracidad; parecióle que toda aquella ciudad era una inmensa manga de fuego que se elevaba remolinándose hasta el cielo y le coloreaba fuertemente. Embebido en esta adversa contemplacion, solo salió de un profundo y largo silencio para exclamar: « ¡Esto nos vaticina desgracias mayores! »

El esfuerzo que acababa de hacer para llegar á Moscou habia agotado todos sus medios belicosos. Moscou habia sido el término de sus planes, el blanco de todas sus esperanzas, y Moscou se desvanecia: ¿qué partido abrazará? Este tan decisivo ingenio se vió precisado á vacilar entonces mas especialmente. Él, á quien se vió mandar en el año de 1805, el repentino y total abandono de un desembarco preparado con tan sumos dispendios, y resolver desde Boloña la sorpresa y destruccion del ejército austriaco: últimamente todas las marchas de la campaña de Ulma hasta Munich, tales como fueron ejecutadas; aquel mismo hombre

que al cabo de un año, dictó en Paris con la misma infalibilidad, todos los movimientos de su ejército, hasta Berlin, el día fijo de su entrada en aquella capital y el nombramiento del gobernador que le destinaba, asombrado sucesivamente permanece incierto. No comunicó jamas sus mas audaces proyectos á los ministros, sino por medio de la orden para ejecutarlos; y étele aquí obligado á consultar y probar las fuerzas morales y físicas de los que le rodean.

Sin embargo, conservando los mismos estilos, declara pues que va á marchar contra Petersburgo. Se halla trazada ya esta conquista en sus mapas, tan proféticos hasta entonces; y aun se ha dado orden á los diferentes cuerpos para que esten prontos, pero su decision es únicamente aparente; es como una mejor planta que trata de darse á sí mismo, ó una distraccion al dolor de ver la pérdida de Moscou: por lo mismo Berthier y Bessieres mas especialmente, le convencieron

bien presto de que el tiempo, las vituallas y los caminos, todo le faltaba para una tan grande egecucion.

Sabe Napoleon en aquel momento, que Kutusof, despues de haber huido hácia el oriente, se ha vuelto de repente hácia el mediodia, y colocádose entre Moscou y Kalougha. Es un motivo mas contra la expedicion de Petersburgo; habia tres razones para marchar contra aquel derrotado egército, á fin de exterminarle, á fin de preservar su flanco derecho y línea de operaciones; á fin de apoderarse de Kolougha y Toula, el granero y arsenal de la Rusia; y finalmente, á fin de abrirse una retirada segura, corta, nueva y vírgen hácia Smolensko y la Lithuania.

Alguno propuso volver contra Wittgenstein y Viteps. Napoleon permaneció irresoluto entre todos estos proyectos: unicamente el de la conquista de Petersburgo le lisonjeó: los demas no le parecian mas que medios de retirada ó decla-

raciones de error; y sea arrogancia, sea política que no quiere engañarse, los desechó el emperador.

Por otra parte, ¿en donde se detendria en una retirada? Contó tanto con una paz de Moscou, que no tenia dispuestos cuarteles de invierno en Lithuania. Kalougha no le tentó. ¿A qué fin destruir todavía nuevas provincias? Vale mas amenazarlas y dejar á los Rusos algo por perder para resolverlos á una paz conservativa. ¿Le es posible marchar á otra batalla, á nuevas conquistas, sin descubrir una línea de operaciones enteramente sembrada de enfermos, rezagados, heridos, y convoyes de toda especie? Moscou es el punto de reunion general, ¿como mudarle? ¿Qué otro nombre atraeria?

Ultimamente, y sobre todo ¿como abandonar una esperanza á la cual ha hecho tantos sacrificios, cuando sabe que su carta á Alejandro acaba de atravesar los puestos avanzadas rusos; cuando bastan ocho dias para recibir una tan deseada

respuesta, y cuando este tiempo es necesario para juntar y rehacer su ejército, para recoger las reliquias de Moscou, cuyo saqueo se ha justificado demasiado con el incendio, y para arrancar de aquel gran botin á sus soldados ?

Sin embargo, apenas existe ya el tercio de aquel ejército y capital : pero él y el Kremlin han quedado en pie ; está íntegra todavía su fama ; el emperador se persuade que reunidos ámbos nombres Napoleon y Moscou, bastarán para acabar todo : se resuelve pues á volverse al Kremlin, que un batallon de su guardia ha preservado por desgracia.

CAPITULO VIII.

Los acampamentos que Napoleon atravesó para llegar al Kremlin, presentaban un singular aspecto. Eran en medio de la campiña, en un cieno espeso y frio, unas vastas hogueras alimentadas con muebles de caoba, con ventanas y puertas doradas. Alrededor de estas hogueras y sobre una húmeda pajaza que algunas tablas abrigaban malamente, se veían sus soldados y oficiales, todos embarrados y ennegrecidos con el humo, sentados en sillones ó echados sobre canapés de seda. A su pies estaban tendidos ó amontonados los chales de cachemira, las mas raras pieles de la Siberia, telas de oro de la Persia, y platos de plata en los cuales no tenían nada que comer mas que una masa negra, cocida en la ceniza, y carnes de caballo medio asadas y chorreando

sangre. ¡Peregrina reunion de la abundancia y escasez, de la riqueza y pobreza, del lujo y miseria!

Entre los acampamentos y la ciudad, se encontraban diversos enjambres de soldados que llevaban consigo su botin, ó hacian marchar por delante de sí como unas acémilas á varios mugicos encorvados con el peso del saqueo de su capital; porque el incendio descubrió cerca de veinte mil moradores, que no se habian reconocido hasta entonces en aquella inmensa ciudad. Algunos de estos Moscovitas, tanto hombres como mugeres, se presentaban decentemente vestidos; eran mercaderes. Los vieron llegar á refugiarse, con las reliquias de sus bienes al lado de nuestras hogueras. Vivieron allí mezclados con nuestros soldados, protegidos de los unos, y tolerados ó apenas notados de los otros.

Lo mismo sucedió con unos diez mil soldados enemigos, los cuales por espacio de muchos dias, erraron libres, y aun

algunos armados en medio de nosotros. Nuestros soldados se encontraban con estos vencidos sin encono ninguno ni pensar en hacerlos prisioneros, sea que tuviesen por finalizada la guerra, sea indolencia ó compasion, y que el Frances fuera del combate se complace en no tener ya enemigos. Los permitian participar de sus lumbres, y lo que es mucho mas, los toleraron como compañeros de saqueo. Cuando fue menor el desorden, ó por mejor decir cuando los gefes hubieron arreglado esta pecorea como un forrage regular, se notó entonces este sinúmero de rezagados rusos. Dióse orden para echarles la mano, pero se habian escapado ya siete á ocho mil de ellos. Tuvimos que pelear bien pronto contra semejantes advenedizos.

Al entrar á la ciudad, atrajo un espectáculo todavia mas extraño la atencion del emperador, el cual no volvia á hallar en la antigua Moscou sino algunas casas esparcidas que permanecian levan-

tadas en medio de las ruinas. El olor que aquel abatido, quemado y calcinado coloso exhalaba, era incómodo. Varios montones de cenizas, y de trecho en trecho, algunos lienzos de pared ó pilares medio desplomados, eran las únicas señales de las calles.

Los arrabales estaban plagados de Rusos de uno y otro sexo, cubiertos con ropas casi quemadas: andaban errantes como visiones en aquellos escombros, agachados en los jardines, los unos escarbaban la tierra para arrancar alguna hortaliza, y los otros disputaban con los cuervos sobre algunos destrozos de animales muertos que el ejército había abandonado. Mas adelante, se descubrieron otros que se arrojaban al Moskwa: era para sacar del agua granos que Rostopchine había mandado echar en ella, y que aquellos hombres devoraban enteramente agriados y podridos como estaban ya.

Sin embargo, la vista del botín en aquellos campos que todavía carecían

de todo, había inflamado á los soldados á quienes su servicio ú oficiales mas severos, retenian bajo las banderas, y murmuraron: «¡Por qué retenerlos! ¡por qué dejarles perecer de hambre y miseria, cuando lo tenían todo á la mano! ¡Debian dejarse á aquellos fuegos enemigos lo que podia salvarse? ¡De qué dimana tanto respeto para con el fuego?» Y añadian. « que supuesto que los habitantes de Moscou, no solamente la habían abandonado, sino que tambien habían querido destruirla toda entera, seria legítimamente adquirido cuanto pudiera salvarse de ella; que sucedia con las reliquias de esta ciudad lo mismo que con los despojos de armas de los vencidos, que pertenecen de derecho á los vencedores, por haberse servido los Moscovitas de su capital, como de una gran máquina bélica para aniquilarnos.»

Los mas honrados y mejor disciplinados se expresaban en esta forma y no habia réplica ninguna que hacerles. Sin

embargo, impidiendo un mismo escrúpulo al principio el dar orden para el saqueo, le permitieron sin arreglarle: y estimulados entonces de las mas egecutivas necesidades, hasta los mas selectos soldados y oficiales mismos, todos se precipitaron. Viéronse obligados los gefes á cerrar los ojos, no quedando en las águilas y haces mas que las guardias indispensables.

El emperador ve disperso en la ciudad su egército entero. Embarazan su marcha una hilera de merodeadores que van al botín ó vuelven de él, y diversas reuniones tumultuosas de soldados agolpados al rededor de las lumbreras de las bodegas, ó delante de las puertas de los palacios, tiendas é iglesias, á que el fuego está para comunicarse y que ellos tratan de descerrajar.

Detiénenle el paso destrozos de muebles de toda especie que han arrojado por las ventanas para librarlos del incendio, presentándole últimamente igual em-

barazo un rico saqueo, que el capricho ha movido á abandonar por otro botín, porque así son los soldados, vuelven á empezar de continuo su fortuna tomándolo todo indistintamente, cargándose con desmesura como si pudieran llevarselo todo, y obligados por el cansancio al cabo de algunos pasos, á arrojar sucesivamente la mayor parte de su carga.

Con ello estan embarazados los caminos, y tanto las plazas como los campos, se han convertido en mercados á que cada uno llega para cambiar lo superfluo por lo necesario. Allí las mas raras alhajas despreciadas de sus poseedores, se venden á precio ínfimo, y otras de una falaz apariencia cuestan mucho mas allá de su valor. El oro mas portátil, se compra con una pérdida inmensa, en cambio de la plata que no hubiera caído en las mochilas. Por todas partes se ven soldados sentados sobre fardos de mercaderías, sobre montones de azucar y café, en medio de los mas exquisitos vi-

nos y licores, que querian trocar por un pedazo de pan. Muchos, en medio de una embriaguez á que el desfallecimiento da nuevo incremento, han caido junto á las llamas que los alcanzan y matan.

Sin embargo, las mas de las casas que se habian libertado del fuego, sirvieron de abrigo á los gefes, y se respetó quanto en ellas habia. Veian todos con dolor aquella grande destruccion, y el saqueo que era su necesaria consecuencia. Han reconvenido á muchos de nuestros selectos militares de haberse complacido en recoger cuanto pudieron salvar de las llamas, pero fueron tan pocos que se citaron. La guerra era en aquellos hombres ardientes, una pasion que suponía otras. No era codicia, porque no amontonaban, sino que usaban de lo que encontraban, tomando para dar, derramándolo todo, y creyendo que lo habian pagado todo con el peligro.

Por lo demas, apenas hubo diferencia

que establecer en aquella circunstancia, excepto en el motivo; los unos tomaron con resentimiento, otros con regocijo, y todos por necesidad. En medio de unos tesoros que ya no pertenecian á nadie, dispuestos á ser pábulo de las llamas y desaparecerse en las cenizas, nos vimos colocados en una posicion en que se confundian lo bueno y lo malo, y para la que no habia regla ninguna prescripta. Los mas mirados por su modo de pensar ó á causa de su opulencia, compraron á los soldados los comestibles y vestidos que les hacian falta; otros enviaron en nombre suyo á la pecorea, y los mas necesitados tuvieron precision de proveerse con sus propias manos.

Tocante á los soldados, habiéndose embarazado muchos de ellos con el fruto de su pillage, se volvieron menos listos, menos indolentes, computaron en el peligro, y para salvar su botin, hicieron lo que hubieran despreciado hacer para salvarse á sí mismos.

Por medio de este trastorno pasó Napoleón para volver á Moscou : abandonóla á aquel saqueo , esperando que derramado su egército sobre aquellas minas , no las escudriñaria infructuosamente , pero cuando supo que el desorden tomaba incremento , que la antigua guardia misma se dejaba llevar , que los aldeanos rusos atraídos por último con sus provisiones , y que él mandaba pagar generosamente á fin de atraer á otros , eran despojados de aquellos víveres , que nos traían , por nuestros hambrientos soldados ; que los diferentes cuerpos abandonados á todas las necesidades , estaban dispuestos á disputar entre sí ríprocamente sobre las reliquias de Moscou ; que últimamente todos los recursos existentes todavía se malograban con aquel irregular pillage ; dió entonces rígidamente órdenes y las consignó á su guardia. Las iglesias , en las cuales se habían resguardado nuestros soldados de acaballo , fueron devueltas al culto griego. Se ordenó

la pecorea en los cuerpos por turno , como cualquiera otro servicio , y se trató finalmente de recoger á los rezagados rusos.

Pero era ya muy tarde ; aquellos militares habian huido , intimidados los aldeanos no volvían tampoco , pues se desperdiciaban muchos víveres. El egército frances incurrió varias veces en esta falta , pero el incendio la perdona aquí : fue necesario precipitarse para tomar la delantera á las llamas. Es además harto notable que la primera providencia lo haya vuelto todo á su anterior orden.

Algunos escritores y Franceses mismos , han escudriñado aquellas minas para hallar los vestigios de algunos excesos que pudieron haberse cometido allí. Los mas de nuestros militares se manifestaron generosos , tanto con el corto número de moradores , como con el sin número de enemigos que se les presentaron , pero sí en los primeros momentos se notó algun arrebató en el pillage ;

¿debe extrañarse esto en un ejército exasperado con tantas necesidades, tan doliente, y compuesto de tantas diversas naciones?

Fuera de esto y como siempre acaece, habiendo abrumado la adversidad á aquellos guerreros, se suscitaron diferentes reconvenções. ¡Ah! ¡Quién ignora que semejantes desórdenes fueron siempre la parte flaca de las grandes guerras, la parte vergonzosa de la gloria, que la fama de los conquistadores tiene sus sombras como las demas cosas de este mundo! ¿Existe por ventura un sér por mas pequeño que sea, al cual el sol en medio de su inmensidad pueda alumbrar por todas partes á un mismo tiempo? Luego es una ley natural que los cuerpos mayores tengan sombras mayores.

Por lo demas, tanto las virtudes como los vicios de aquel ejército, infundieron suma extrañeza. Eran las virtudes de entonces los vicios del tiempo, y por esto

mismo las unas fueron menos loables, y los otros menos reprehensibles, en cuanto se prescribian como si dijésemos por el egeemplo y circunstancias. Así todo es relativo, lo cual no excluye la estabilidad de las máximas, lo mejor ó el bien absoluto, como punto de partida y como fin. Pero tratamos aquí del juicio que formaron sobre aquel ejército y su caudillo, lo que no pudo hacerse bien mas que poniéndose en el lugar de ellos: pero como esta posicion era muy encumbrada, muy extraordinaria y muy complicada, pocos ingenios pueden alcanzarla, abrazar su conjunto y apreciar sus indispensables resultados.